

COLEGIO MARIA AUXILIADORA

Padre Cámara, 1
S A L A M A N C A

*«El que cree en Mí,
aunque muera, vivirá»
(Juan 11, 25)*



Hermanos:

Con profundo dolor pero llenos de esperanza cristiana, os comunicamos el fallecimiento del sacerdote

MANUEL CAAMAÑO BRAÑAS

El pasado 28 de mayo, en plenas fiestas del Colegio, serena y humildemente este «guardagujas que vio pasar muchos trenes», como él mismo se definiera, tomó el último tren que le habrá llevado al Padre. Aquel mismo día teníamos programado, como final de fiestas, el lanzamiento de unos fuegos de artificio. No los suspendimos. Constituyeron así un homenaje, en la noche salmantina, a este gran salesiano que vino a Salamanca para quince días y pasó en ella los últimos cuarenta y cinco años de su vida.

Permitidnos una breve reseña cronológica.

Nació el 31 de marzo de 1896 en Bustavalle de Maceda (Orense). A los trece años inició su aspirantado en Campello (Alicante). Las sucesivas eta-

pas formativas las pasó en Carabanchel Alto (Madrid), Campello, de nuevo, y Mataró (Barcelona). El 3 de agosto de 1924 celebró su primera Misa en el Colegio de Sarriá (Barcelona).

Aquel mismo año, ya en Carabanchel, inició sus estudios universitarios. Se licenció en Filosofía y Letras.

Años de profesor en Mohernando (Guadalajara) y el año 1931 se trasladó a Salamanca, Colegio de María Auxiliadora.

No es fácil condensar en unas líneas una biografía que presenta tan ricos y variados matices.

Caamaño, tuteo democrático que le dieron sus alumnos y que él no desdeñó «para que creyéndolo un mote no le pusieran otro», constituye una mezcla admirable de *hombre de Dios* —«Ante todo, Dios es Padre»—, *de sabio medieval* —teólogo, filósofo, alquimista— y *políglota* —se había especializado en inglés, alemán, francés; dio clase de latín griego e incluso preparó a estudiantes universitarios en árabe y hebreo.

Su habitación en los «buenos tiempos» muy bien pudo recibir el nombre de «*taller de los misterios*». Allí las poleas, juegos de espejos y artilugios de limpieza se entremezclaban con libros de Medicina, un esqueleto, una probeta con líquidos diversos, un breviario o un ensayo filosófico-literario a medio esquematizar.

Mas existe en su actuación de cada día unas facetas o coordenadas en las que podemos enmarcar cada uno de sus hechos. Cuantas personas le han conocido coinciden en que fue un *trabajador incansable*.

Estando en Mohernando alternaba las clases y la enfermería con la albañilería y las faenas del campo. Testigos presenciales cuentan esta anécdota en la que D. Manuel queda perfectamente reflejado.

Tirando un viejo tejado cayó una de las vigas que tenía en su extremo un grueso clavo. Lo hizo con tal fuerza sobre su pie que se lo atravesó de parte a parte. Cogió un frasco de alcohol, y sin hacer un gesto de dolor lo echó sobre la herida para que no se infectara...

No podía andar. No por eso perdió las clases. Convirtió la cama en cátedra y los alumnos, desde el pasillo, siguieron las lecciones el mes largo que tardó en reponerse.

Su pasión fue la docencia. Sus clases duraban prácticamente todo el día. Aprovechaba el tiempo de estudio, la subida y bajada de escaleras; incluso los recreos y las salidas al médico de los alumnos internos.

Tenía un método propio e inimitable. «Made in Caamaño» son muchas de las frases y ocurrencias que acompañaban sus clases y conversaciones. Una pequeña muestra:

«El mejor *profesor* de todos es aquel que más y mejor siembra, aunque los pájaros se lo coman».

«*Filosofía* es lo que falta a un borracho para andar».

«*Sentido común* es no tropezar en las aceras, que es por donde anda todo el mundo, aunque tenga prisa».

Y así innumerables «greguerías» con las que se podría formar una antología interminable.

Su afán científico es digno de encomio. Ingenio natural sobresaliente, Autodidacta apasionado por saber. Leía de todo, aunque sintió atracción especial por la Medicina. Hemos encontrado en su habitación, junto a cuadernos y folios con esquemas minuciosos de sus clases de filosofía y literatura, otros con temas médicos, muchos de ellos traducciones del alemán o del inglés.

Durante muchos años fue el encargado de la enfermería. Se entregó por entero a esta labor para la que no escatimaba horas ni de día ni de noche: todo el tiempo le parecía poco. El mismo lavaba todos los objetos usados por los enfermos, no permitiendo que lo hicisen los demás para no molestar.

Muchas veces ayudaba a los empleados de la casa a barrer el patio, limpiar los servicios, llevar bultos...

Y a su trabajo incansable y a sus facetas «profesionales» hemos de añadir ésta otra inconfundible: sacerdote-religioso. Auténtico dispensador de los misterios de Dios. Fue el *confesor* del Colegio. Breve y conciso. Siempre comprensivo y profundamente humano. Tenía el don de la *acogida* y al punto había captado la confianza del que acudía a él. «Tenga paciencia, serenidad; confíe en Dios que es nuestro Padre...» y añadía luego una de sus frases.

Vivía a su modo, en una atmósfera de Dios. No existía en él la dicotomía entre el predicar y el vivir.

—¿Cuál es el mayor consuelo de su vida?— le preguntaron.

—«Toda la vida es de Dios, y por lo tanto, toda la vida es consuelo».

Era el religioso pobre y humilde por excelencia. Me atrevería a afirmar —dice uno de sus directores— que en los años que pasó en Salamanca rarisimamente usó dinero. Nunca compró para sí ni el más mínimo objeto. Regalo que recibía lo ofrecía al Director o solicitaba permiso para poder utilizarlo.

No le hemos oído quejarse de la comida. Para él —«precursor del plato combinado»— todo era bueno y estaba bien cocinado.

Algo semejante podemos decir de sus conversaciones. No se le ha oído crítica negativa de nada ni de nadie. Para un ausente sólo tenía alabanzas, sabiendo descubrir en él valores que para otros no existían. Cuando veía que se zahería a alguien, se las arreglaba para distraer la conversación con uno de sus chascarrillos.

Admitía las reformas en la Iglesia y en la Congregación como necesarias y lógicas en toda evolución histórica. Con gran agilidad mental —juvenil— las alababa, y animaba a su cumplimiento «porque la Iglesia siempre es joven» —decía—.

Para los Superiores tenía tal cúmulo de atenciones y deferencias que desconcertaba. Si, por ejemplo, su opinión difería de la del Director, se callaba y acataba en la práctica lo que el Superior había dicho. En su última

enfermedad pudimos comprobar cómo órdenes del médico o enfermeras se cumplían inmediatamente si el transmisor de las mismas era el Director. Y esto lo hacía no por adulación sino como respuesta a una fidelidad a la obediencia y a la vida religiosa.

Sabía agradecer cualquier detalle, cartas de Navidad, aniversarios... y siempre tenía en la boca un «Dios se lo pague».

Hace dos años celebramos el 50.º aniversario de su ordenación sacerdotal. Los AA.AA. le ofrecieron un homenaje. La Asociación le hizo entrega de una artística placa e insignia; ocasión en la que exclamó: «Quisiera parar el reloj del tiempo para estar siempre con vosotros». Así mismo le fue otorgada la medalla de la ciudad de Salamanca; la medalla de la provincia; medalla conmemorativa de la Universidad con una carta del Rector en la que se indicaba el motivo de tal concesión: «El claustro de esta Universidad le agradece su colaboración en la formación y educación de tantos hombres que, pasando más tarde por las aulas de nuestra Alma Mater, fueron luego gloria de las Humanidades de nuestra Patria en los diversos niveles».

Por supuesto todo esto no modificó su forma de ser y actuar, y siempre aceptó tal homenaje, no como algo hecho a él sino a la Congregación.

—¿Qué hará hoy? —le preguntamos—.

—«Lo de todos los días. Desde siempre llevo la cartuchera y el fusil».

Había cumplido 80 años. Una alarmante insuficiencia cardíaco-respiratoria nos obligó a internarle en el Hospital de la Santísima Trinidad.

El no poder levantarse hizo que en su cuerpo aparecieran grandes llagas que tenían que hacer sumamente dolorosa su curación. No se le oyó quejarse nunca, dejando admirados a los miembros de la Comunidad, que constantemente estuvieron junto a él, así como a médicos y enfermeras que se desvivieron en atenciones.

Suave y serenamente —«sin molestar a nadie»— tras oír la jaculatoria ignaciana «y a la hora de mi muerte llámame»..., se fue al Padre.

«Salamanca que enhechiza la voluntad de volver a ella...» —escribió Cervantes. D. Manuel, desde el año 1931 quedó tan enhechizado que no acertó a salir... pero a su vez —influjo de las meigas de su tierra— enhechizó a cuantos le hemos conocido.

Que él, desde el cielo, nos infunda el optimismo necesario para afrontar con entereza cristiana el presente y el futuro de la Iglesia y de la Congregación.

Por la Comunidad del Colegio «María Auxiliadora»,

PEDRO LÓPEZ GARCÍA, Director

Salamanca, agosto, 1976